

# Nuestro único problema

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Toda vida humana —por ser, en profundidad y superficie, una batalla contra la muerte— es un fenómeno epopéyico. Más admirable cuanto más secreta y personal sea esa batalla. Pues no nos enfrentamos a este o aquel obstáculo ni somos atraídos por este o aquel señuelo. Nuestra íntima preocupación, nuestro único problema, nuestro máximo terror es sabernos materia de disolución, miserables astillas para alimentar el insaciable fuego de la muerte. La grandeza del espectáculo lo que asciende a esa jerárquica epopéyica de que he hablado, es la desproporción de los antagonistas. De antemano el hombre no solo se sabe perdido sino que, de hecho, ha descartado la inutilidad de todos sus actos, de todos sus proyectos, de todos sus instantes de desesperación, de ociosidad o de esperanza.

Pero en esto, en esto precisamente, radica el orgullo y la grandeza de vivir. En esto, el sentido de la muerte, lo que hace de la existencia un acto de sostenida y gratuita generosidad. Vivir —aceptar el sufrimiento, la enfermedad, la desilusión, la monotonía como compañeras casi permanentes— pasaría a ser la forma suprema de altruísmo. Pues lo lógico e indicado sería acelerar una destrucción que no puede eludirse. Pero el hombre, sobreponiéndose, resuelve aceptar el reto, librar la batalla existencial, contribuir con su sacrificio a mantener en actividad el rito de la existencia. Los grandes mitos —Prometeo, Sisifo, Satán— son, por ello mismo, mitos padecientes, en que la desgracia alcanza el esplendor de la rebeldía, la magnitud de la ofrenda, la pureza que supera el anhelo de victoria o la necesidad de festejo o de premio.

Cuando queramos saber el valor último de una persona contemos con una apelación muy simple: Averiguar en qué medida está obsedida por el imperativo de su destrucción. Todo grande artista lo es en la medida en que ha hecho de la muerte el tema central la justificación de su obra y aquí encontramos la única oportunidad de triunfo del hombre ante la muerte: mientras la asuma con mayor energía, mientras la abraza con mayor apetencia, mientras mayor sea su argucia para descubrirla u olfatearla oculta o derramada en las cosas, mayor será su fuerza expresiva y su gracia comunicante. Estamos vivos, verdaderamente vivos, por el íntimo sentido de la propia muerte. Ella —por recordarnos a todo instante

que hemos de desaparecer— nos hace amar, con una fruición desesperada, el dibujo de los objetos, entre la luz, el techo y el muro en que demoramos, las palabras y los ojos que nos llaman, el estertor de un cuerpo bajo nuestros brazos, el viento dorado, los frutos en los ramajes. Vivir en el “dolorido sentir” de que nos habla el clásico. Somos los forasteros de la tierra. Pero de ella nos hemos enamorado perdidamente. No queremos aceptar que estos sentidos, estos brazos, estos deseos, que lo son en la medida de nuestro tránsito terrestre, han de apagarse para siempre.

Uno de los más bellos apólogos que se han escrito es aquel del maestro Abul Zaid, quien ambulando una noche en compañía de tres de sus discípulos por una calle de Bazora, se detiene, hechizado, a oír una flauta que alguien hace modular en la obscuridad. La música, de una lenta y atristada belleza, contagia a los oyentes. Uno de los discípulos: pregunta: “maestro ¿quién tocará esa flauta?”. Y Abul Zaid, como saliendo de un trance, responde con certidumbre: “Es la voz de Satán que llora sobre el mundo”. Sí, cada vez que nuestros sentidos se entristecen al contacto de la hermosura sentimos la misma nostalgia de Satán, del ángel luminoso cuya rebeldía fue castigada, no con el infierno, sino con la desgracia de enamorarse de lo efímero, de los seres y de las cosas de la tierra. Por eso, en la dulzura de la noche oriental, ascendía, con melódica quejumbre, la voz de la flauta, el suspiro demoníaco, el “dolorido sentir” del arquetipo de todo el linaje humano, del celeste corazón perpetuamente condenado a lamentarse de la fuga y el sacrificio de la ilusión.